

TORRE  
Azul

# Kei y el Coloso de Rodas

María García Esperón

Ilustraciones

Alejandro Herrerías





# Kei y el Coloso de Rodas

863.7

G37

2017 García Esperón, María

Kei y el Coloso de Rodas / María García Esperón;

ilustraciones de Alejandro Herrerías Silva. — México: Norma Ediciones, 20xx.

96 páginas : ilustraciones. — (Torre Azul)

ISBN: 978-607-13-0830-6

1. Novela mexicana — Siglo XXI. 1. Literatura mexicana — Siglo XXI. 3. Literatura juvenil — Siglo XXI. I. Herrerías Silva, Alejandro, ilustrador. II. t. III. Ser.

D.R. © 2017, María García Esperón por los textos

D.R. © 2017, Alejandro Herrerías por las ilustraciones

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, Colonia Acacias,

Benito Juárez, México, Ciudad de México,

C.P. 03240

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial.

\* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: abril 2020

Coordinación editorial: J. Lizbeth Alvarado Mota

Corrección de estilo: Julio Herrera Meneses

Coordinación de diseño: Gustavo Rivas Romero

Diagramación: Sergio Salto Gutiérrez

Impreso en México — *Printed in Mexico*

SAP: 61088706

ISBN: 978-607-13-0830-6



# Kei y el Coloso de Rodas

María García Esperón

Ilustraciones

**Alejandro Herrerías**

Norma

[mx.edicionesnorma.com](http://mx.edicionesnorma.com)

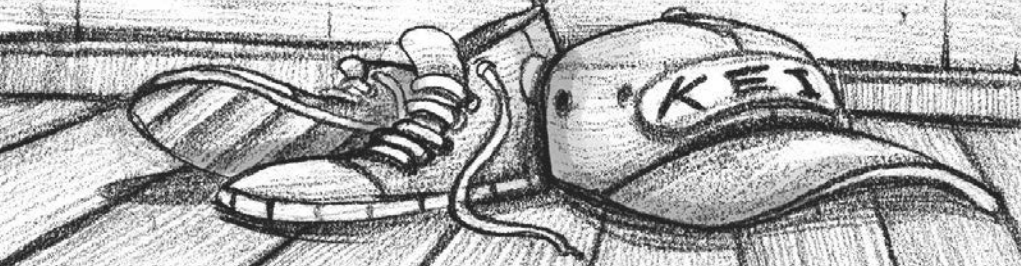


# Índice



Yo .....	7
El reloj.....	9
Papá .....	15
El trueno .....	19
Cares .....	25
El enviado .....	29
Destructora de ciudades .....	33
Alejandro .....	39
Berenice .....	45
La celda .....	49
El futuro .....	55
El pasado .....	61
El hijo del Sol .....	69
Error de cálculo .....	75
Los pedazos de un sueño .....	81
Helios .....	87
De vuelta .....	93





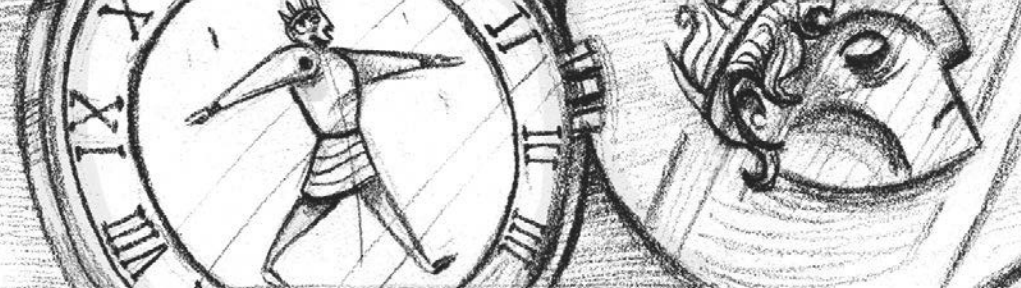
Yo

Me llamo Kei, tengo doce años y vengo del pasado... Ya sé, dirás que todos venimos del pasado, de cuando éramos bebés, por ejemplo; pero lo mío es distinto. Algo rarísimo. Mientras más lo pienso, más extraño me parece. Me siento como si acabara de aterrizar procedente del espacio exterior en una nave marciana o venusiana. Como si hubiera estado cientos de años en otros mundos. Recostado sobre mi cama, en mi habitación, miro alrededor. Todo está como lo dejé desde hace... ¿cuánto tiempo? A juzgar por el programa de televisión que está a punto de comenzar —mi favorito, el de héroes de la mitología—, unos cinco minutos; siete a lo más. En el suelo está mi juego de armar a medias, mis



zapatos al lado de la cama y la gorra que me trajo mi papá de Japón, con mi nombre escrito en ella; el bocadillo y el vaso con leche en la mesa de noche, pues estaba merendando frente al televisor cuando se me ocurrió darle cuerda al reloj.

¡El reloj! ¿Dónde está? Lo busco en los bolsillos de mi pantalón, bajo la almohada, sobre la mesita..., pero es inútil porque no lo encuentro. ¿Lo olvidaría en un rincón del pasado? ¿Podré encontrarlo de nuevo? ¿Existirá otro igual en el mundo? ¿O habré soñado todo?



## El reloj

**E**se día no asistí a la escuela porque amanecí enfermo, con un poco de fiebre. Mamá habló por teléfono para disculparme, aunque a las dos horas yo ya estaba como nuevo. Ella me dijo que la acompañara al mercado para que no me quedara solo en casa. Fuimos caminando y no tardamos en distinguir los toldos rojos de los puestos. Yo quería que mamá comprara rápidamente lo que necesitaba para que me llevara al puesto de los juguetes; con suerte me compraría alguno... Si tan sólo encontrara muñecos parecidos a los héroes y dioses de la mitología griega que me apasionan..., pero ya los había buscado en tiendas y hasta en ventas por internet y nada. Bueno, Hércules sí estaba, por la película, pero

yo quería tener otros personajes. Mis compañeros de la escuela no tenían esos intereses y alguno de ellos me había dicho que yo era extraño porque me gustaban esas cosas.

Mamá se encontró con una vecina y se pusieron a platicar, parecía que no iban a acabar nunca, ya me estaba desesperando cuando vi una mesa de madera en la que había varios objetos brillantes que llamaron mi atención. Le dije a mamá que iría a ver aquel puesto, pero no me hizo caso, así que me sentí autorizado a desplazarme hasta donde estaba la mesa para averiguar qué eran esos objetos.

Eran relojes. Unos tenían forma de esfera; otros, de triángulo y había uno que era un reloj de arena cuyos granos no dejaban de deslizarse desde la parte superior a la inferior. Sentí ganas de voltearlo para ver qué ocurría, pero cuando lo estaba tocando una mano se posó sobre la mía y me detuvo.

Frente a mí estaba un anciano con unas cejas blancas impresionantes y una barba larga hasta el pecho, que me dijo:

—¿Cómo se te ocurre? Todavía no es tiempo.

—Tiempo... ¿de qué? —le dije.

—De que te maravilles —respondió el anciano—. Veo que te has adelantado, Kei.

—¿Cómo sabe mi nombre? —Me asustó; a lo lejos vi a mamá, como en cámara lenta, que seguía platicando con la vecina.

—Está escrito.

—¿En mi gorra? —le pregunté, pero luego me di cuenta de que no la llevaba puesta.

El anciano se encogió de hombros y guardó silencio. Yo no podía dejar de verle las cejas. Sus ojos eran negros y parecían hechos de relámpagos. De pronto, sonrió y se me quitó el miedo. En el reloj de arena, el último grano acababa de caer.

—Ahora sí —me dijo—, dale vuelta.

Se la di, esperando que ocurriera algo inesperado. No pasó nada y el anciano me ordenó:

—Escoge.

—Que escoja ¿qué?

—Uno de estos relojes.

—¿Cuánto cuestan? —Pensé que debían ser muy valiosos y que mi mamá no estaría de acuerdo en comprarme uno.

—No tienen precio —dijo el anciano.

Los vi detenidamente, uno a uno. Pensé que los que tenían forma de esfera o de triángulo resultarían muy estorbosos. Entonces me fijé en uno que tenía apariencia antigua, como el que pudo haber usado el abuelo de mi abuelo,



pues era de bolsillo y colgaba de una cadena. Parecía de oro. Yo había visto en algún libro un dibujo en el que un caballero del siglo XIX sostenía entre las manos un reloj de ese tipo. Estaba resguardado por una tapa que abrí para ver su carátula. Pero antes de que pudiera fijarme con detalle en los números de las horas y en las manecillas, el anciano dijo:

—Buena elección.

Y luego, con una rapidez increíble, recogió todos los relojes de su mesa, los guardó en una bolsa y se marchó perdiéndose entre la gente.

Yo me quedé boquiabierto con el reloj entre las manos. Mamá seguía platicando con la vecina. No se había dado cuenta de nada.